

Los hombres de orden. ("La Nación", Buenos Aires, (A. A.), 22 abril 1919)



LOS HOMBRES DE ORDEN

(Para LA NACION)

SALAMANCA, enero de 1919.

Al reanudar hoy mis charlas con estos mis lectores de LA NACION, después de cerca de medio año de silencio, me invade una intensa melancolía. Han sido aquí estos últimos seis meses para todos nosotros, para el que esto os dice sobre todo, tiempos de zozobra y tiempos especialmente de expectativa. La ansiedad de lo que había de sernos el mañana impedíanos gozar el hoy. Nos acostábamos muchas noches con verdadera furia de dormir, de dormir del todo, en la más absoluta inconsciencia, sin ensueños, y suprimir así unas horas hacia el porvenir obscuro y que llegasen nuevas de algo de veras nuevo. Queríamos vivir de prisa, y para vivir de prisa hay que suprimir tiempo. El irlo gozando momento a momento, segundo a segundo, nos aleja del porvenir.

«Mi superioridad—decía Napoleón—consiste en que pienso más de prisa que los demás hombres». ¿Con qué ideas? Con las ideas de los demás, de todos. Napoleón ha sido uno de los genios de ideas menos originales y menos propias. Su genialidad consistió en ordenar más rápidamente que los demás las ideas de éstos, de todos. Fustigó a Pegaso, el corcel que tira de la Historia, y le hizo galopar a correa desenfundada. Convirtió los días en años, los meses en siglos. Y ahora todos nos hemos sentido algo napoleónicos. Todos menos los hombres de orden.

Los hombres de orden no son, por supuesto, aquellos a que ordinariamente se llama así, los que toman parte en la gobernación del pueblo para mantener los principios tradicionales en que dicen que se basa la paz y la seguridad de estado. Esos hombres mal llamados de orden, los conservadores activos y dirigentes, mantienen un desorden establecido, estatuido y reglamentado frente a los que quieren traer otro desorden, un desorden estatuyente y constituyente. El conservador mantiene un desorden contra el desorden que quiere introducir el anarquista. La tradición que no se ha hecho costumbre inconsciente, intrahistórica, es un desorden; es tan desorden como el progreso. Todo principio social que hay que estar predicando, inculcando y garantizando de continuo es un desorden. Y así es tan desorden la idea de Dios que hay que suscitar de nuevo, mediante la educación, en cada niño que viene al mundo, como es desorden el ateísmo o la doctrina de que no hay Dios. El orden, es decir: lo espontáneo, es acaso no pensar en eso. O, mejor, el orden es no pensar. Hombres de orden son los que viven pensando lo menos posible, y, a poder ser, sin pensar; hombres de orden son los que se resignan, son aquellos pacíficos que, según la palabra del Cristo, poseerán la tierra, son los mansos.

Al decir que no piensan queremos decir que no piensan históricamente, civilmente. Un hombre puede cumplir las funciones de su oficio y ganarse con él su vida y la de los suyos sin por eso pensar históricamente, civilmente. En cierta ocasión dije que en mi tierra nativa, en el país basco, no se piensa más que en español. Si castellano, pues hasta los que primero hablaron en vascuence piensan sólo en español, y al replicarme uno que me oía: «¿Y los que sólo sepan vascuence?», contrarreplicé: «¡Esos no piensan!» Y así es. Las cosas de que hablo un paisano mío que sólo sepa vascuence no son cosas de pensamiento, sino de orden, de perfecto orden, de inconsciencia y rutina social.

Los hombres de orden han vivido este último medio año o ignorantes de

lo que pasaba en el mundo, por debajo de la historia, agazapándose en los bajos fondos de la vida social, o acongojados por eso que pasaba y de que pasara algo. O más bien acongojados por lo que había de pasar. «¿Qué ocurrirá mañana, Dios mío?»—se preguntaban aterrados cada noche antes de entregarse en manos de su Dios, que es el Dios del sueño y de la eternidad homogénea, del repetirse un mismo y solo instante, de la simplísimas visión beatífica. Y cualquiera les iba con que precisamente lo que ha dado valor a nuestra vida en estos meses es el no saber un día lo que iba a ocurrir al siguiente. «¡Oh—exclamaban,—el salto en las tinieblas!» Y no nos era posible persuadirlos que en las tinieblas, y tinieblas es siempre el porvenir, no cabe más que saltar. El que se deje ir al porvenir, no le tendrá; sólo tendrá porvenir, libertad, el que salte a él. Y con salto mortal. Ni hay libertad sino en el porvenir, y por el salto, y por las tinieblas.

El hombre de orden es el que sabe y espera que mañana saldrá el sol un minuto antes o después que hoy, que dentro de seis meses hará calor y se segará el trigo; el hombre de orden es el que vive sobre las cosas previstas y predeterminadas; el hombre de orden es el que espera que su capital le dará tal o cual rédito dentro de tanto o cuanto tiempo; el hombre de orden es un emplazado. Y acaso quisiera saber de antemano todo lo que le ha de pasar, y en qué día, hora y minuto ha de morir. Conocimiento que haría un infierno de su vida. Porque si conociéramos de antemano el plazo de nuestra muerte no podríamos vivir.

¿Qué horror el perfecto conocimiento del porvenir! Si viéramos la historia futura de aquí a mil años, o a cien, si quiera como sabemos la pasada hasta hace cien años y mil y más, ¿para qué vivir? Ningún goce nos daría la visión del suceso previsto. Y si uno goza con ver un eclipse preanunciado, es por el goce de haber vivido hasta llegar a él, de no haberse muerto antes. Si un pueblo que va a una guerra, o le llevan a ella, llevase una seguridad de su triunfo tan grande como la que tiene de que en tal día saldrá el sol a tal hora, por ejemplo, ¿triunfaría? ¿Creemos que no! Lo que busca es convencerse a sí mismo de que Dios le predestinó para la victoria.

Y esto de la predestinación nos trae a las mentes la conocida paradoja de que los calvinistas, predestinacionistas, negadores del libre albedrío, creyentes en la predestinación, en que el hombre viene al mundo predestinado ya «ab aeterno» a su salud o a su condena eterna, hayan sido, sin embargo, los verdaderos fundadores del liberalismo, de la libertad civil. Y la cosa es, a pesar de todo, clara. Para el calvinista, las buenas obras, la acción, la conducta moral, los méritos, no le daban la salvación, pero eran una señal de que había sido predestinado a salvarse. En vez de decirse: «Si obro bien me salvaré por haber obrado bien», se decía: «¡Si no obro bien es que Dios me predestinó al infierno!» Y de aquí que, para probarse a sí mismo que era un predestinado a la gloria, obraba con más ahínco, con más libertad, que quien buscaba en la acción obras merecedoras de gloria. «Si el fin de nuestra elección es vivir santamente—decía Calvino en su «Institución de la religión cristiana»—nos debe más bien mover y estimular a meditar santidad que a buscar achaque de negligencia». Y así los calvinistas, negando el libre albedrío, fundaron la libertad civil, mientras los jesuitas, liberearbitristas y casi pelagianos, fundaban la servidumbre civil o el terrible régimen de orden de las Misiones del Paraguay. Porque estas Misiones fueron el modelo del orden.

Esto me recuerda lo que una vez me

pasó con un antiguo amigo de la infancia, borracho impenitente, pero hombre de muy despejado talento y aguda imaginación. Y es que lamentándoseme de que su vicio, del que no se sentía con fuerzas para redimirse, le iba degenerando el ánimo, le replicó: «No, tú no vas degenerándote porque te emborrachas, sino que te emborrachas porque eras ya un degenerado, siquiera latente». Enfurecióse al oír esto, y protestando chillaba: «¿Degenerado yo? ¿Yo degenerado ya de antes? pues para que veas que no es así, desde hoy dejo de beber!» Y algo se corrigió, en efecto.

Un congojoso sentimiento de un sino fatídico de nuestra historia futura pesa hoy sobre España y sobre casi todos los españoles más o menos conscientes de su españolidad. La guerra, esta solemne guerra, en que hemos hecho el papel vergonzoso y triste de espectadores neutrales, y de una bochornosa neutralidad a todo trance y costa, nos ha traído el sentimiento de que la misión histórica de España se ha acabado, de que España ha cumplido ya su misión en la historia humana. Misión que acaso culmina en haber dado su lengua, y todo lo que con ella va, a una veintena de repúblicas americanas, lengua que si hoy es internacional, podrá llegar con el tiempo a ser universal. Pues a una lengua, como a una religión, no le basta ser internacional para ser universal por eso mismo. Ya observó Kuenen respecto al islamismo.

Una furiosa voluptuosidad de disolución recorre toda España. Las gentes discurren sobre la desmembración y la atomización de este pueblo, no ya sin temor, sino hasta con complacencia. Parece como si cada cual creyera que se va a salvar si la comunidad se deshace para la historia. Y nace la locura del federalismo, pues aquí no es sino locura. Es un federalismo de montonera, como el de Rosas o el de Quiroga, un morboso instinto de retrogradar en civilidad. Encuéntrese en distintas regiones españolas el más bárbaro indigenismo, la incivil distinción entre naturales y vecinos, con la xenofobia provinciana, que es la más incivil y la más bárbara. Y con ello una difícil aspiración a pequeñas personalidades colectivas. El que no está seguro de que la elegancia de su cuerpo y maneras es tal que con cualquier traje, con una capa de mendigo, se mostrará, quiere adoptar un tradicional traje provinciano o local. Hay en mi país nativo, v. gr., quien se obstina en no comprender que el vasco desenvolverá siempre su personalidad de tal, de vasco, mejor en español—o en francés, o en inglés o en otra lengua de cultura histórica—que no en vascuence.

Y este sentimiento morboso de disolución colectiva, muéstrase a la vez en un furioso afán de acasarnos. Parece que ha llegado la hora de la pública confesión de las culpas colectivas, pero sin maldita la contrición y ni aun atrición siquiera. Los más se han puesto aquí a inculpar al poder central de males de que el pueblo mismo es causante. No hace mucho leí en un miserable papelucho que publican ahí, casi clandestinamente, unos trogloditas energúmenos procedentes de mi tierra, papelucho que lleva un nombre que traducido al español dice «Relincho», las mentiras más grandes que se puede escribir sobre España. Sobre España, a la que esos relinchadores deben casi todo lo civil que tienen, empujando por la lengua en que piensan sus denuestos, cuando los piensan. A ella deben no ser meros hombres de orden como aquellos de sus paisanos que ni relinchar así saben.

MIGUEL DE UNAMUNO.